

**MENSAJE DE AGRADECIMIENTO DE LA FAMILIA DÍAZ ALFARO
CON MOTIVO DEL LANZAMIENTO DEL ESPACIO CIBERNÉTICO DE LA COLECCIÓN DE
DOCUMENTOS ORIGINALES DEL RVDO. ABELARDO DÍAZ MORALES**



De Izquierda a derecha familiares del Rvdo. Díaz Morales: Lcda. Cordelia Buitrago Díaz, nieta; Dra. Priscila Díaz Alfaro de Garau, hija; Cordelia González Buitrago, biznieta; Lcdo. Iván Garau Díaz y Abelardo Figueroa Díaz, nietos.

Vivíamos en la casa pastoral de la Iglesia. Durante los años cuarenta, la casa era de madera, grande, llena de gente y polillas. Era antigua, con goteras que el abuelo recogía colocando palanganas mientras citaba a Shakespeare: *It dropeth as the gentle rain from heaven upon the place beneath: it is twice blest. It blesseth him that gives and him that takes.* La fachada de la casa tenía altas columnas de madera y el balcón típico de las viejas casas del pueblo. Allí el abuelo se sentaba a su hora preferida —el atardecer— rodeado de los hijos más jóvenes y su nieta a avistar la primera estrella y el primer murciélago de los que salían negros e inquietos del techo. Un momento mágico, de paz, que se repetía cada atardecer.

La puerta de la casa siempre estaba abierta. Sus persianas de madera, grises del polvo, dejaban entrar la luz a la sala amplia con un piano, un juego de sala de mimbre pintado de gris, cuyo sillón se volcaba si la persona de mecía con buen ritmo (alegre entretenimiento para los jóvenes de la casa que anticipaban la caída del incauto visitante). Un medio punto delimitaba el comedor, donde se reunía la familia con un horario que nadie podía violar y, con frecuencia, con invitados esperados e inesperados. “Comeremos más, comeremos menos”, sentenciaba el abuelo con una sonrisa; nosotros le escuchábamos con resignación, esperando raciones más

pequeñas o la ausencia de carne en el plato. Nada nos rebelaba, la abundancia de amor y fe (“Dios proveerá”, decía.) nos protegió de sentir las carencias materiales, si las hubo. Éramos ricos en cosas más importantes.

La biblioteca del abuelo era prueba de la curiosidad e inquietud intelectual de “Don Abelardo”. Los libros iban desde escritos cristianos hasta autores como Kardec. Su admiración por Hostos se reflejaba en sus numerosos libros y en su estilo de escribir. Los subrayados realzaban el profundo análisis de sus lecturas que no se limitaban a las doctrinas y estudios de protestantismo bautista.

Él era pequeño. Su cuerpo frágil, su frente ancha, delimitada por el cabello blanco, lacio, peinado recto, hacia atrás. Su mirada clara y serena anticipaba su bondad. “No basta ser bueno, hay que ser bueno para algo”, decía mientras su pequeño cuerpo desmentía su fuerza de acción y su fe desmedida.

Abelardo Díaz Morales había nacido en la limitada abundancia de antaño. Sus padres poseían tierras, que su madre protegió después de morir su esposo y no quiso vender a los extranjeros. No se educó en un hogar protestante. El abuelo llegó a Barros, hoy Orocovis, como un joven maestro y allí se unió a un grupo de jóvenes con inquietudes intelectuales que se reunían en la plaza a tertuliar. La religión era uno de sus frecuentes temas y para conocer más, el abuelo decidió entrar a la iglesia protestante que había allí para entender de primera mano qué la hacía diferente del catolicismo. De esa visita surgió su conversión y eventual formación como pastor bautista. En Orocovis, surgió su otro amor: una orocoveña llamada Asunción Alfaro Pratts, su compañera de toda la vida y madre de sus hijos Abigaíl, Dalila, Miriam, Abelardo, Lidia, Raquel, Priscila y Samuel.

Recuerdos como éstos son los que atesoramos nosotros su familia, sus amigos y todo aquel que lo conoció, no importa quién fuera ni lo que poseyera. Por ese privilegio, damos gracias a Dios.

Los que ustedes han recopilado —el pastor respetado en el protestantismo puertorriqueño, el que se distinguía por sus sermones y artículos de gran análisis y profundidad y por su inmensa fe, el que cultivó una feligresía comprometida, el que ayudó a desarrollar una pujante iglesia protestante puertorriqueña, el de inmensa bondad, sentido de justicia y calidad humana— ese es el legado que se deja a la comunidad. Por eso agradecemos profundamente a la Universidad Interamericana y a su Centro de Estudio e Investigación de la Fe Cristiana, y a la Primera Iglesia Bautista de Caguas el propiciar y crear esta colección de documentos del Reverendo Abelardo Díaz Morales que ayudarán a inspirar a otros. Pero lo que más nos enorgullece es ver como la semilla sembrada por nuestro padre y abuelo ha dado tantos frutos palpables en los logros espirituales, comunitarios, educativos y hasta musicales de la Primera Iglesia Bautista de Caguas y del protestantismo en Puerto Rico. Muchas Gracias .

Cordelia Buitrago Díaz
Nieta mayor, hija de Abigaíl, criada en casa del abuelo
20 de abril de 2010